

EXTENSIÓN CONTEMPLATIVA INTERNACIONAL

Oración Centrante Uno 2025

Semana 25
EL PERDÓN

LA ENSEÑANZA DE JESÚS (3)

Quizá la enseñanza más difícil y menos comprendida de Jesús sobre el perdón sea la que encontramos en Mateo 5: 38-42.

“Ustedes han oído que se dijo: ‘Ojo por ojo y diente por diente.’ Pero yo les digo: No resistan al que les haga mal. Si alguien te golpea en la mejilla derecha, vuélvele también la otra. Si alguien te pone pleito para quitarte la camisa, déjale también la capa. Si alguien te obliga a llevarle la carga un kilómetro, llévasela dos. Al que te pida, dale; y al que quiera tomar de ti prestado, no le vuelvas la espalda.”

¿Quiere esto decir que no debemos defendernos nunca, ni a nosotros mismos ni a nuestros seres queridos? ¿Nos pide Jesús que nos convirtamos en víctimas perpetuas? Por supuesto que no.

En primer lugar, recordemos que el método de enseñanza de Jesús, como el de muchos otros maestros de sabiduría, comienza con la intención de captar la total atención del oyente. Por eso, Jesús empleaba frecuentemente el recurso retórico de la exageración como modo de despertar las conciencias dormidas. Justo antes de este pasaje, en Mateo 5, 29 encontramos lo siguiente: “si tu ojo derecho te hace pecar, sácatelo y tíralo.” Los discípulos sabían que ésta no era una máxima que debía ser entendida literalmente, sino de manera metafórica. Lo que aconseja Jesús no es la automutilación, sino la necesidad de estar dispuestos a desprendernos de todo aquello que nos separe de Dios.

De todos modos, ésta es, sin duda, una enseñanza radical que Jesús, al final de su vida y cuando llegó su hora, practicó literalmente. Derek Flood hace una distinción entre amor a los enemigos, que para el cristiano es universal y sin excepciones, y las diversas formas de manifestar o vivir ese amor. El volver la otra mejilla es UNA de estas formas específicas, apropiada en determinados contextos. El mensaje central de Mateo 5, 38-42 es, en realidad, la condena absoluta por parte de Jesús del escalamiento imitativo de la violencia. Es decir, para el cristiano, la represalia, devolver mal por mal, es inaceptable, puesto que nuestro camino es *la* vía del amor al enemigo.

En español la palabra más aceptada para referirse al escalamiento mutuo de hostilidades es *represalia*. En algunos lugares de habla hispana comienza a usarse el término *retaliación*, pero hasta ahora es considerado como un anglicismo, puesto que en inglés se dice *retaliation*. En realidad, la palabra *retaliación*, de uso restringido, es muy precisa, ya que proviene literalmente del latín *re-taliare*, aplicar la ley del Talión.

La ley del Talión es una expresión de la que llamamos *justicia punitiva o retributiva*: es decir, la que considera que el único modo de saldar justamente una deuda o un crimen es imponiendo

un castigo equivalente. Afortunadamente, ésa no es la justicia divina. Como vimos en el envío anterior, el padre de la parábola no sanciona a su hijo prófugo con un castigo severo. Sólo tiene que ver las condiciones materiales en las que éste regresa para saber que ha sufrido las consecuencias dolorosas de sus acciones. La justicia de Dios es *restaurativa* y su objetivo es restaurar y sanar tanto al agresor como al agredido, así como retornar al primero al seno de la comunidad. Favor de no confundir la justicia restaurativa con la debilidad de aquellos padres o cónyuges permisivos que se convierten en cómplices o propiciadores de quiénes abusan. No hay nada restaurativo, ni sanador, ni justo, ni misericordioso en situaciones disfuncionales como ésas.

Derek Flood en su libro *Healing the Gospel* plantea que muchos no aceptan el concepto de justicia restaurativa porque lo confunden con la inacción o la debilidad. Nuestra sociedad está acostumbrada exclusivamente al modelo retributivo, en el que se piensa que existe un conflicto entre el deseo de Dios de ser misericordioso y lo exigido por la justicia. Desde este punto de vista, lo justo es imponer una fuerte sanción. Desde la perspectiva de la justicia retributiva, el amor compasivo por el transgresor es considerado sentimental, débil y opuesto a la justicia misma. Se cree que representaría no hacer nada. El Nuevo Testamento, por otro lado, considera que la cruz ha sido ya el instrumento de restauración. El amor no está en conflicto con la justicia. Por el contrario, el amor es, precisamente, el que origina la justicia, puesto que el Nuevo Testamento no entiende la justicia como castigo, sino como corrección y restauración. Ésa es gran parte de la buena nueva.

Jesús desenmascara el fenómeno de la represalia y lo hace destacando la simetría de mutua agresión que convierte a los rivales en seres idénticos. Su argumento es que la respuesta correcta al ataque no es el contraataque, sino hacer el bien al que nos hace mal, guiados por la luz del Espíritu y siempre guardando el equilibrio de quien sabe amar al enemigo incondicionalmente, sin convertirse en su víctima permanente.

Eso no es fácil. Cuando alguien nos ataca, la reacción física inmediata es tratar de devolver el golpe. Esa reacción emocional es completamente normal y proviene de nuestro instinto de preservación. Nuestras prácticas contemplativas tienden a abrirnos un breve espacio de tiempo que nos permite *responder y no reaccionar* emocionalmente de inmediato a la situación. Esa pequeña pausa de un par de segundos nos ayuda a no morder el anzuelo de la retaliación, ya que una vez mordido es muy difícil desprendernos.

El primer paso en nuestra respuesta consiste en reconocer la emoción y el deseo que sentimos de devolver la ofensa con la misma moneda. Ese paso de reconocimiento es crucial, pues nos enfrenta a la realidad y nos permite volvernos interiormente al Señor. Si es posible, ése es el momento de practicar, de forma abreviada, la Oración de Bienvenida, enfocándonos inicialmente en sentir la emoción en el cuerpo, darle la bienvenida y dejarla ir. Si nos damos cuenta de que, a pesar de todos nuestros mejores intentos, estamos a punto de estallar (¡y eso nos ocurre a todos!) una buena práctica consiste en tratar de retirarnos discreta y temporalmente, para no agravar, de momento, el conflicto. Jesús era un maestro en el arte del

retiro oportuno. Por fin, si hemos estallado a pesar de todos nuestros esfuerzos, nos aceptamos compasivamente, pedimos perdón a quien hayamos herido y perdonamos y oramos por los que nos han ofendido.

El Reino de Dios predicado por Cristo es un mundo al revés. Acostumbrarnos a él y consentir a él es la tarea de la travesía espiritual y toma su tiempo. Con la gracia de Dios, seguimos adelante sin dejarnos descorazonar.

Para practicar en los próximos días:

1. Empieza por las cosas pequeñas: la persona que se atraviesa en tu camino cuando vas conduciendo tu auto, el cajero indiferente que nos hace esperar en cola, la palabra descompuesta de algún amigo o familiar. Hazte consciente de la emoción que eso suscita en ti. Siéntela. Dale la bienvenida. Si la emoción es muy fuerte y sabes que vas a devolver la ofensa, trata discretamente de ausentarte. Más tarde podrás tener la serenidad de responder eficazmente, si ése es el caso.
2. Practica la Oración del Perdón trayendo a tu espacio interior a la persona que tiene la capacidad crónica de provocarte. ¿Por qué te provoca? ¿Cómo reaccionas?
3. Practica la Lectio Divina con la parábola de la Oveja Perdida (Lucas 15: 4-7). ¿Qué te dice de la justicia restaurativa de Dios? ¿Cómo has experimentado esa justicia restaurativa y ese perdón personalmente? Sé específico. Recuerda situaciones concretas. El sacramento de la reconciliación es una manifestación sacramental de la justicia restaurativa de Dios.

